



DIARIO DE UNA NAZI

Enrique Coperías
Cristina García-Tornel

B

Al hombre le pueden arrebatar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas, la elección de su propia actitud personal ante cualquier tipo de circunstancias, la elección de su propio camino.

VIKTOR FRANKL,
El hombre en busca de sentido, 1946

A Álex y Santi

En memoria de los millones de personas que murieron, sufrieron y lucharon contra la barbarie nazi y el Holocausto, y de aquellos pequeños y a la vez grandes héroes, en su mayoría anónimos, que con las únicas armas que poseían, el amor, la compasión, el perdón y la paciencia, lograron tirar abajo las altas murallas del odio.

PRIMERA PARTE

Los alemanes entraron en Cracovia a las seis de la mañana del 6 de septiembre de 1939.

El silencio de ese día fue paralizante. Solo los pasos de los soldados que marchaban resonaban en el aire sin voz. Ese silencio fue peor que el rumor de disparos y bombardeos. Esto último fue acción; el silencio era anticipación.

JERZY MIKUŁOWSKI POMORSKI,
Kraków w naszej pamięci
(Cracovia en nuestra memoria, 1991)

1

Finales de mayo de 1943

Allí estaba ella..., sentada una fila delante de mí, al otro lado del pasillo que dividía el patio de butacas, completamente ausente de la grandiosidad de cuanto la rodeaba. Guardo esa imagen grabada en mi interior como un preciado legado del pasado. De entre las mujeres que asistieron al encuentro, ella logró cautivar me con su belleza particular. Por un instante imaginé que Botticelli debió de sentir una atracción semejante cuando Simonetta Vespucci excitó sus retinas por primera vez.

La silueta venusina de aquella dama, que seguramente se acercaba a las treinta primaveras, destacaba sobre el fondo encarnado de la gran bandera, una de las muchas que ondeaban con orgullo desde los palcos de aquel viejo teatro. La casualidad quiso que el círculo blanco sobre el que se dibujaba la cruz gamada cayera detrás de su cabeza, a modo de una aureola, que atenuaba el brillo natural de sus cabellos de oro y ondulados que se agolpaban hasta morir tensados en un rodete, a la altura de un cuello largo y delicado. Llevaba un vestido ceniciento poco consonante con su blanca piel, una piel deshabituada a los rayos del sol. La falda, circunspecta para la moda del momento, ocultaba casi por completo sus piernas, aunque se adivinaban

hermosas. Tan solo se podían ver sus delgados tobillos, envueltos en seda, lo que acrecentaba su sensualidad. Una discreción calculada que, manejada por aquella dama, podría cautivar a todos los hombres del lugar. Pero era evidente que no estaba allí para tal menester. Sus finos labios deslucían exentos de carmín. Nada de sombreros, nada de afeites, nada de peinados recargados, nada de joyas, a excepción de un discreto anillo dorado con una pequeña amatista. Podría pasar desapercibida por su sencillez entre el resto de las damas, si no fuera porque acompañaba al caballero que estaba sentado a su diestra, un oficial de alto rango, lo que explicaría que, como mi esposo y yo, ocupara un lugar preferente. Para la ocasión, los jefes militares pidieron expresamente estar lo más cerca del orador y no ocupar los palcos como era costumbre, en aquel día abarrotados de autoridades, políticos, alto personal administrativo y la élite social de la ciudad.

Sorprendía sobremanera que aquella mujer de grata impresión para los sentidos careciera de esa necesidad vital, propia del género femenino, de eclipsar al sexo contrario y polarizar las miradas inquisitivas y recelosas de las demás féminas, muchas de las cuales venderían sin dudar su alma al diablo a cambio de poseer semejante potencial seductor. Pero allí estaba ella, sentada en una postura recatada, casi monjil, con las rodillas apretadas una contra la otra y las manos recogidas sobre el regazo. Era como si alguien hubiera tenido el mal gusto de echar una sábana por encima de la *Venus de Urbino*. Sin duda, su persona constituía un poderoso enigma; había algo en ella inquietante y pertur-

bador, algo que no alcanzaba a entender; y tal vez fue ese arcano indescifrable lo que me atrajo como un imán.

Desde mi butaca solo podía ver su rostro parcialmente, difuminado por la neblina del humo de los cigarrillos y puros que viciaba el ambiente. Intuí en ella una mirada extraviada, una expresión de fría impassibilidad que quedaba fuera de mi alcance y que contrastaba con la faz risueña de su acompañante, que llevaba con orgullo el uniforme de las SS y tenía puestos los cinco sentidos en la sonora y profunda voz de Hans Frank, nuestro *Generalgouverneur*. Sus palabras retumbaban en las paredes del teatro como las olas de una mar embravecida contra el malecón: «... El Reich de Adolf Hitler será perpetuo, damas y caballeros. Ha sido la voluntad divina la que nos ha traído a este hombre. Nos fue enviado cuando Alemania se encontraba en el más hondo abismo. Él llegó con la victoria ya en la mano; nos guio y, en cuestión de pocos años, nos sacó de las profundidades y nos alzó como la primera potencia del mundo... Y ahora, caballeros, el destino nos ha encomendado crear una nueva Europa, una Europa donde los pueblos puedan vivir en paz y armonía».

Eran frases gloriosas. Cerré los ojos y me relamí como si saboreara en ellas un caramelo de fresa entre los labios. Aflovió en mí el inefable sentimiento de triunfo compartido con el resto de los presentes. Aquel discurso, pese a su naturaleza etérea, se dejaba sentir en nuestras carnes, en forma de ráfagas de escalofríos, y nos unía a los allí convocados con hilos invisibles, indestructibles como el acero de los majestuosos aviones de la Luftwaffe.

«...Hemos reconquistado el país que antaño ya nos per-

tenecía. ¡Nosotros no somos los extraños, caballeros, sino los verdaderos moradores! ¡Fue el germano quien bendijo estas tierras con sus dotes de espíritu, con su arte y su cultura! Buen trabajo el nuestro, sí, señor; en muy poco tiempo hemos logrado adecentar este pueblo de mala muerte y recuperar lo que nos es legítimo...»

El auditorio ardía en emociones. Muchas mujeres, embriagadas por las palabras del *Generalgouverneur*, abrazaban y besaban a sus maridos, como muestra de gratitud por su contribución a los logros del *Führer*. Los augustos hombres que se encontraban sentados en la primera fila asentían y aplaudían de forma contenida; unos, recostados complacientes en la butaca, y otros, sacando pecho y alardeando de sus propios méritos con cruces de miradas henchidas de orgullo. Apelotonados de pie en uno de los dos pasillos laterales de acceso, un grupo de jóvenes soldados de la Wehrmacht enarbolaban sus gorras en señal de júbilo y armaban tal estruendo golpeando el suelo con sus botas de clavos que me arrancaron una intempestiva carcajada.

De repente, el sonido de las pisadas de los soldados y el de la lluvia de aplausos empezaron a sonar compasadamente, al ritmo de los corazones de la multitud. El teatro vibraba entero, desde el patio hasta el mismísimo paraíso, como un ser vivo ávido de conquistar nuevos mundos.

El júbilo parecía no afectarle en lo más mínimo a mi Simonetta. Su rostro flemático no dejaba entrever ningún gesto de entusiasmo, ni un suspiro, ni un pestañeo, ni una lágrima de emoción... Nada que diera a entender que su espíritu se hallaba con nosotros en la sala. De sus labios solo surgía de tanto en tanto una liviana sonrisa.

Cuando el orador rogó a los asistentes que guardaran silencio para proseguir con su intervención, todos callamos.

«Queridos compatriotas: Como les iba diciendo, ganaremos esta guerra... El Führer me ha dicho que no piensa ceder ni un solo metro cuadrado de este territorio, lo que reafirma los numerosos meses de esfuerzo que hemos dedicado como enviados del Gran Reich para acondicionar debidamente este lugar. Esto es lo hermoso de esta guerra: aquello de lo que nos apoderamos no lo devolvemos nunca.»

Una voz estentórea gritó desde uno de los palcos «*Heil Hitler!*», y el teatro entero se puso de pie para responder con la misma frase, varias veces, con el brazo levantado. Amusgué los ojos de nuevo hacia la mujer, que seguía sin reaccionar ante el discurso de nuestro mandatario, quizá porque no lo estaba escuchando, una posibilidad que hizo que me irritara por un instante. «¿En qué estará pensando? —cavilé—, ¿qué problema personal puede sustraer la mente de un momento como este? ¡Por Dios, la pluma que escribe la historia se encuentra delante de nosotros!»

Recuerdo que, en ese instante, dejé volar la imaginación y fantaseé con que ella estaba sentada en la butaca contigua a la mía y que yo le hacía tomar conciencia del memorable e irreplicable escenario al que nos asomábamos, acorde con el momento histórico que protagonizaba nuestro país. Una pareja de águilas imperiales doradas escoltaba los flancos de la embocadura del escenario, sujetando entre sus garras una corona de laurel. En sus gélidas pupilas se reflejaban las telas rojas que engalanaban los palcos con sus tallas de oro y las esvásticas de las numerosas banderas

que arropaban el encuentro. La voz del *Generalgouverneur* me sacó del ensimismamiento, y la pasión que imprimía a su oratoria volvió a espolear en mí la viveza de los pensamientos y me seducía como el canto de una sirena.

«... ¡El pueblo alemán es invencible! ¡Ganaremos esta guerra!, ya lo creo, caballeros, y ¡de ninguna manera cedemos el Gobierno General, lo conservaremos a toda costa, aunque para ello tengamos que sacrificar la sangre azul de miles de nosotros!... *Sieg!*»

Con esta última palabra hizo que su audiencia estallara en un clamoroso «*Heil!*», que repitió elevando aún más el tono. Como un barco de papel que se deja llevar por la corriente, la bella Simonetta se puso en pie a un tiempo con los demás. Y su acompañante la rodeó por el hombro con su zurda, apretándola contra sus galones. Acto seguido alzó con firmeza el otro brazo y exclamó, a voz en grito, el tercer y más poderoso «*Heil!*» al unísono con el público.

En medio de este brote de euforia compartida, llegó la hora de que nuestro representante abandonara el atril, adornado con una tercera águila áurea de menor tamaño que las otras dos. Entonces, cedió la palabra al jefe de mi querido esposo, cuya visita a Cracovia, decían que improvisada, era el motivo principal de aquella ceremonia. Günther, que estaba sentado a mi izquierda, dejó escapar desde lo más profundo de sus pulmones una exhalación de admiración y, como si adivinara lo que en esos momentos se me pasaba por la cabeza, me susurró bullicioso al oído: «¡Ah, Ingrid, querida!, no me negarás que, bajo el férreo yugo de nuestro gobierno, este país se va estabilizando por momentos. Me deleita ver a estos pimpollos de las Juven-

tudes Hitlerianas; a los jóvenes y no tanto de la policía o del NSKK; a los miembros de las SS y de la Wehrmacht..., en definitiva, a nuestros compatriotas desenvolverse con total naturalidad, como si estas tierras les pertenecieran desde hace siglos... ¡Eh, mira! ¡Ahí tienes en carne y hueso a ese hombre excepcional!».

El *Generalgouverneur*, con incontenible emoción, anunció al orador que todos habíamos acudido a escuchar: «Damas y caballeros, le cedo la palabra a nuestro *Reichsführer-SS* Heinrich Himmler».

Los vítores y los murmullos se fundían ahora en una palpitante melodía, en una agitación emocional colectiva como la que se rendía a los césares en el Coliseo. Abrí hasta donde pude los ojos para grabar en mi conciencia aquel instante irrepitible. Unas botas negras como la antracita y del brillo de la turmalina subieron con paso tranquilo los cuatro peldaños que conducían al espacio escénico, dando tiempo a que todos sintiéramos la presencia de quien las calzaba. Después de saludar como corresponde a un militar de tan alta graduación y cumplir con el protocolo, el *Generalgouverneur* bajó por aquellos mismos escalones y se acomodó en la butaca de la primera fila reservada para él, a la vez que retiraba con un pañuelo el sudor que le caía de la frente, producto seguramente de su estado de tensión.

Mientras Himmler se posicionaba en el atril, extraía de su bolsillo lo que parecían unas cuartillas dobladas por la mitad y ajustaba el micrófono, me vino a la mente el *Éxtasis de santa Teresa*, y sentí cómo mi rostro se convertía en el tallado por Bernini. Fue un momento místico, alienante. Nuestro *Reichsführer* pidió calma agitando suavemente las

manos, y el silencio fue poco a poco haciéndose con el teatro.

La audiencia quedó paralizada; solo las cabezas de los más curiosos asomaban inquietas por encima de las demás a fin de no perderse ninguno de los movimientos y gestos del gran líder, que solo por su aspecto y manera de actuar despertaba fascinación y respeto en el público. Si bien era verdad que pocas mujeres coincidiríamos en tacharlo de galán, no menos cierto era que su belleza interior rezumaba por las costuras de su uniforme. Un hombre bravo y honrado, digno de merecer la amistad y la confianza del dios que tenía postrada a sus pies a media Europa. El caballero que tenía ante mis ojos se codeaba regularmente con Hitler, discutía frente a frente con él los grandes proyectos de Alemania; se reían y bebían juntos, en un mismo sofá; y el *Führer*, tal vez en más de una ocasión, le pondría la mano en el hombro en señal de aprobación o de agradecimiento. Al día siguiente, Himmler emprendería su vuelta a Berlín para encontrarse una vez más con el canciller imperial. Por un momento, sentí envidia, pero pronto volvió el éxtasis. La luz de los focos, recortada por irreverentes nubes de humo que ascendían por el escenario hasta la enorme lámpara central, me mostraba a un prohombre, uno de los tantos, del Gran Reich.

Himmler esperó a que el murmullo se disipara calmadamente, haciendo que barajaba las cuartillas desplegadas sobre el atril. Luego, jugando de forma magistral con los tiempos, clavó sus ojos sonrientes en los militares de las primeras filas y fue levantando la mirada hacia el resto de los presentes, hasta pararse en los palcos, que recorrió de

un extremo al otro con la altivez de un titán. Todos ansiábamos ser acariciados por las pupilas de un hombre único. Satisfecha su curiosidad, se acercó las gafas al entrecejo y aclaró la garganta para a continuación lanzar sobre todos nosotros la primera proclama: «La guerra es nuestra; los comunistas tienen los días contados».

Él sabía que con aquellas palabras el teatro se convertiría en un volcán en erupción. La gente daba gritos de alegría y vociferaba repetidamente su nombre y el de Hitler. Yo estaba convencida de que se cumpliría su vaticinio. «Acaudillados por hombres como él —pensé—, nada malo puede sucedernos; lograremos la rendición absoluta del enemigo y, tarde o temprano, el nombre de nuestro pueblo lucirá como el más grande de todo el planisferio... y de todos los tiempos.» Los ojos que se sinceraban tras esas gafas redondas no podían mentir. El resto de los presentes en la sala y yo lo sabíamos bien. Ni una sola alma alemana dudaba de nuestra victoria; solo algunos asistían dubitativos a las conquistas de sus compatriotas. Recordé entonces lo que solía decir mi abuelo para alentarnos durante la Gran Guerra, cuando nos cruzábamos por la calle con soldados marcados por los horrores del frente, con algún miembro amputado, o le preguntábamos si nuestro padre volvería sano y salvo de la guerra: «Jamás hay que perder la esperanza, pues sin esperanza la batalla está perdida».

«... La guerra decide sobre la existencia y la no existencia de los alemanes, y de ella depende la propagación exitosa de nuestra raza. Por ello, esta guerra, tanto en el campo de batalla como fuera de él, requiere de un gran sacrificio por parte de cada uno de nosotros... —prosiguió Himmler con